
La crisis de 1929 en América Latina

Luis Sommi

La crisis económica que estalló en 1929 fue general. Abarcó el campo de las finanzas, de la producción y del comercio. No era por cierto un fenómeno nuevo; pero, nunca una crisis económica había alcanzado tal dimensión y profundidad. En la historia del capitalismo las crisis de superproducción, relativas no absolutas, son un fenómeno que se repite cada tantos años. Constituyen una necesidad del sistema. El objetivo del capitalismo es la ganancia y no la satisfacción de las necesidades de la sociedad. El capital va detrás de la renta. Esa es su ley objetiva. Afluye con mayor intensidad, volumen y velocidad a los sectores económicos más rentables y no en aquéllos en que la sociedad más lo necesita, distorsionando el proceso y provocando las crisis.

En las economías simples no se conocían las crisis económicas de superproducción. Estas son un fenómeno propio, congénito, del sistema capitalista. Hacía más de un siglo que la producción en el capitalismo chocaba periódicamente con las fronteras y límites del mercado, haciendo invendibles enormes masas de mercancías, mientras las sociedades no podían satisfacer en pleno sus necesidades más primordiales. Ese carácter enorme y contradictorio del capitalismo encuentra su causa básica, profunda, en la naturaleza social de la producción y en el carácter privado de la apropiación de la riqueza creada. Es por ello que este problema no tiene solución real en los marcos del sistema vigente que lo genera y caracteriza.

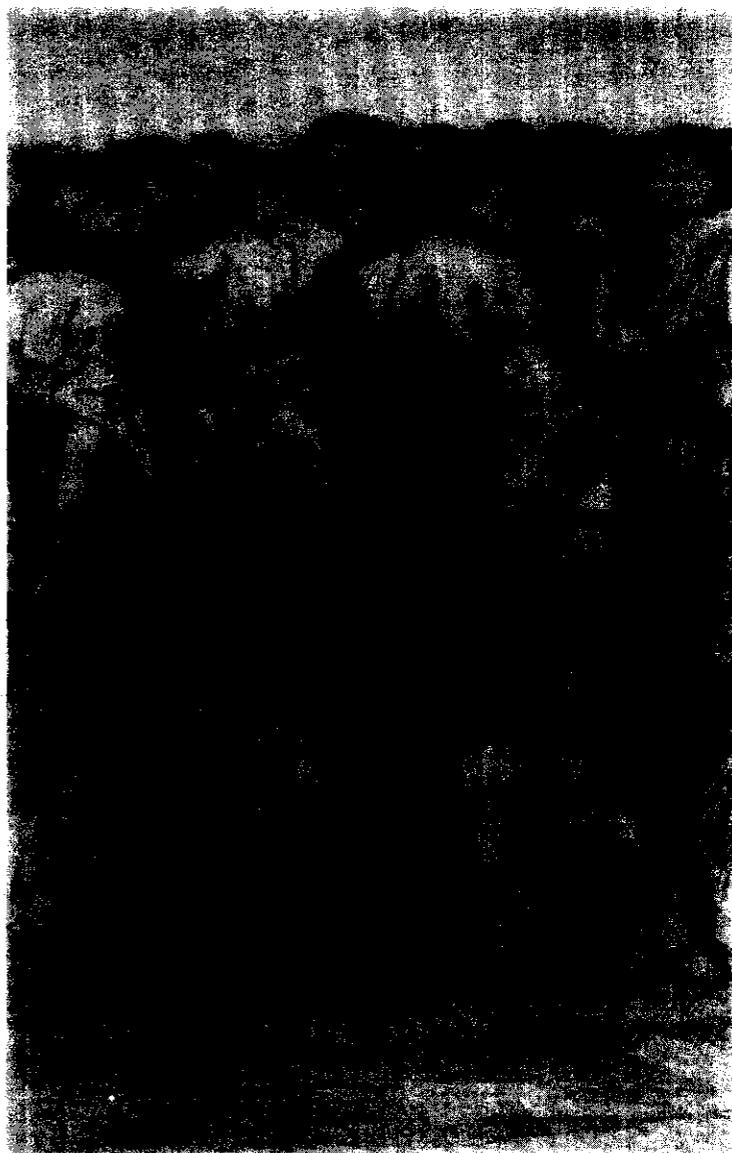
La desestabilización de las sociedades latinoamericanas

Desde el Río Grande en el norte del Estrecho de Drake en el sur, y desde el Atlántico al Pacífico, todos los países fueron sacudidos en sus estructuras básicas por la mayor crisis económica de su historia. Afloraron y se agudizaron todas las contradicciones, colocándose en el primer plano la expresada por los intereses nacionales de los países de la América Latina con los del imperialismo. Esta contradicción fue la que estuvo en el fondo y predominó en los movimientos sociales de la década del treinta.

Las contradicciones interimperialistas asumieron nuevas características. Si en los primeros momentos se agudizaron las rivalidades entre la Gran Bretaña y los EE.UU. de América del Norte; más tarde, a partir del ascenso del nazismo al poder en Alemania y a medida que el mundo se acercaba a la segunda Guerra Mundial, se operó un entendimiento entre las potencias históricamente rivales: EE.UU., Gran Bretaña y Francia. Simultáneamente se desplazó a primer plano la contradicción entre los Estados aliados con aquéllos que integraban el Eje Roma-Berlín-Tokio.

Este fenómeno tuvo lugar en las condiciones del debilitamiento transitorio —de las posiciones de Gran Bretaña y de los EE.UU. y de la agresiva presencia de la Alemania nazi, de la Italia fascista y del Japón militarista.

La inestabilidad política fue el signo característico de la época de la gran depresión. El debilitamiento —la crisis económica-financiera— de la vieja Albión y del joven imperialismo de Wall Street, minaron las bases de sostén de sus aliados en Latinoamérica, lo cual permitió el despegue y desarrollo





de los movimientos nacionales y sociales. Al soplo de los vientos populares cayeron, como si fueran de papel maché, los dictadores de Cuba, Chile y Perú.

En numerosos países se sucedieron los mandatarios con la velocidad de las imágenes fílmicas. Así, en dos años, presenciamos en la Argentina tres presidentes. En Bolivia siete en 10 años. Seis en cuatro años en Cuba y doce en 10 años en el Ecuador. Perú tuvo seis presidentes en 3 años y Chile ocho en sólo 2 años. Y así por el estilo en otros países.

Sin embargo, aconteció que en México se consolidó el régimen constitucional. Durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas se profundizó la revolución democrática, asentándole un rudo golpe al latifundio y al imperialismo petrolero. En el decenio del treinta la Revolución mexicana avanzó en su carácter nacional y social. También creó las premisas necesarias para entrar en la etapa de la industrialización del país.

Aconteció que la estabilidad constitucional se expresó en México, durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas, se profundizó la revolución acentuándose su contenido nacional y social.

En Brasil estalló en 1930 la Revolución Democrática, desplazando del poder político a la oligarquía latifundista aliada históricamente al imperialismo inglés. Se inició un proceso de transformación de la sociedad. Getulio Vargas se mantuvo en el poder durante tres lustros, a pesar de las distintas alternativas constitucionales y militares. Las masas populares tomaron parte activa en el proceso bajo la hegemonía de la pequeña burguesía civil y militar de contenido democrático y nacionalista.

Argentina marcó un momento diferente. La democracia pequeñoburguesa en la expresión del

Partido Radical estaba en el poder desde 1916. La crisis socavó las bases económicas del gobierno. El 6 de septiembre de 1930 el presidente Hipólito Irigoyen fue derrocado por un movimiento reaccionario liderado por un pequeño núcleo de militares. El movimiento estuvo apoyado por sectores latifundistas, burgueses e imperialistas, que utilizaron el descontento y la desorientación de la pequeña burguesía urbana, ante la inoperancia del gobierno.

En el vasto escenario de Sudamérica tuvieron lugar múltiples movimientos democráticos, obreros, populares y antimperialistas. En Chile, un movimiento civilista, democrático, iniciado por los estudiantes universitarios, obligó al general Carlos Ibáñez a renunciar a la presidencia y alejarse del país. Meses después se sublevó la marina de guerra, integrada por más de 10,000 hombres, oponiéndose a la reducción de los sueldos, exigiendo algunas mejoras y un mejor trato. Sometida la marina rebelde, meses más tarde, se produjo el levantamiento del Cuerpo de Aviación, liderado por el coronel Marmaduke Grove, en un intento prematuro de instaurar una República Socialista.

En el Perú, terminada la dictadura de Leguía, continuó la crisis económica y la anarquía política. Más tarde, el APRA, —acaudillado por Haya de la Torre—, se levantó en armas en Trujillo, en un intento de derrocar al general Sánchez Cerro y establecer un gobierno popular. Y en el Paraguay, —como consecuencia de la guerra del Chaco—, tuvo lugar la Revolución Febrerista, encabezada por el coronel Franco. En la Argentina, después del derrocamiento del gobierno radical, tuvieron lugar varios levantamientos y conspiraciones cívico-militares; frecuentes huelgas obreras; movimientos campesinos en defensa de la producción, importantes luchas estudiantiles y antimperialistas.

En aquellos países donde la clase obrera estaba orgánicamente más constituida y tenía un perfil social más definido, las huelgas y movimientos de protesta fueron mayores. No obstante, la actitud ultrazquierdista del sector más combativo, guiado por la consigna de “clase contra clase” y del planteo de la instauración del “gobierno de los soviets de obreros, campesinos y soldados”, ignorando la etapa nacional-democrática, aisló a la clase obrera de sus naturales aliados y no contribuyó a la victoria de los pueblos.

La crisis económica en la América Latina

En la América Latina la crisis no asumió el carácter de superproducción industrial como en los países altamente desarrollados. La industria era poco significativa. No obstante, en el primer momento fue afectada por la crisis; aunque en el curso de los largos años de depresión se crearon condiciones objetivas favorables para su desarrollo.

La crisis se centró en los sectores básicos de la economía productora de materias primas dependiente del mercado exterior. Adquirió modalidades propias. La gran crisis económica de 1929-30 sorprendió a la América Latina cuando ésta aportaba a la economía mundial el 10% del trigo; el 14% del maíz; el 48.7% del azúcar de caña; el 51.3% de la semilla de lino; el 91.2% del café; el 34.3% del cacao; el 9.4% del tabaco y diversas frutas tropicales entre las que se destacaban el coco; los citrus; las bananas; las piñas y otros frutos.

Tratándose de minerales América Latina aportaba a la producción mundial el 25% del cobre; el 16.9% del plomo; el 11% del zinc; el 24.7% del estaño; el 19.7% de la bauxita; el 16.5% del petróleo;

el 53% de la plata y el 100% del nitrato natural. Además, producía el 16.1% de toda la lana del mundo y constituía la principal región exportadora de cueros y carnes vacunas. No pocas de las materias primas antes citadas de producían casi exclusivamente para el mercado mundial.

El cuadro que insertamos nos da una idea de las alternativas sufridas en los niveles de producción a lo largo de una década.

Si limitamos el análisis al momento antes señalado no tendremos una idea cabal de la crisis económica en América Latina durante los años treinta. A fin de alcanzar una imagen más real debemos comenzar por dividir la producción de materias primas en dos grandes sectores, es decir: en agrícolas y no agrícolas. La caída de la producción únicamente afectó al sector de las materias primas no agrícolas.

INDICE DE LA PRODUCCION DE MATERIAS PRIMAS¹

1929	1931	1932	1933	1934	1935	1936	1937	1938
100	97.5	94.1	100	104.9	104.9	110.8	113.7	114.7

¹ Comprende a México, Antillas, América Central y América del Sur.

El cuadro que antecede elaborado a partir de los índices de la Sociedad de las Naciones indica que el impacto de la crisis económica general del capitalismo se hizo sentir en el sector productor de materias primas de la América Latina en los primeros años y que tocó fondo en 1932, registrando una disminución de un 5.9 por ciento. Tomando el problema en su conjunto la caída no fue muy brusca, recuperándose en 1933 y de allí en adelante siguió un curso Este sector que agrupa a los productos de origen ascendente. minero y animal sufrió una disminución del 12.8%

en 1932. Además, la crisis en la franja de mercaderías no agrícolas se expresó en una brusca contracción de los precios en el mercado mundial en el cual se realizaba como lo hemos señalado anteriormente.

La producción agrícola era dominante en Latinoamérica al final de la década del veinte. De ahí la importancia de tener idea del impacto de la crisis mundial en dicho sector. Comenzaremos con el nivel de la producción agraria en el curso del decenio del treinta, apoyándonos en los datos elaborados por la Sociedad de las Naciones que nos permiten presentar el siguiente índice:

INDICE DE LA PRODUCCION AGRICOLA EN AMERICA LATINA

1929	1931	1932	1933	1934	1935	1936	1937	1938
100	101	101	107	110	108	114	114	116

Durante los años de la crisis y de la depresión económica la producción del conjunto de los países que integraban la América Latina no disminuyó, ni siquiera en los años más críticos. Ocurrió precisamente lo contrario. El nivel de la producción agrícola registró un aumento constante año tras año hasta superar en un 16% el obtenido en el año 1929.

Como no hay regla sin excepción nos encontramos con que la producción azucarera cubana, entre los años 1929-1932, sufrió una disminución del 56.5 por ciento, sin que este momento incidiera en la modificación del nivel de producción agrícola total de la región que nos ocupa.

A pesar del aumento registrado en la producción, la agricultura latinoamericana, en sus sectores más dinámicos, estuvo sumergida en una profunda crisis, la cual formaba parte de la crisis agraria mundial.

En los países agro-exportadores la crisis fue profunda, no así aquellos agro-importadores. Estos últimos no sólo se beneficiaron con la caída de los precios de las mercaderías importadas sino que tomando fuertes medidas proteccionistas aduaneras y altos precios internos alentaron su propia producción. Europa —excluida la Unión Soviética— en cuanto se refiere a los cultivos de trigo y maíz, aumentó el área en 5.400,000 hectáreas, en el primer quinquenio de la crisis.

Las existencias mundiales de algunos productos agrícolas básicos de América Latina, crecieron rápidamente como lo documenta el cuadro siguiente:

EXISTENCIAS MUNDIALES DE MATERIAS PRIMAS VEGETALES

Indice año 1929 = 100				
Año	Trigo	Azúcar	Café	Algodón
1932	107.9	148.3	182.4	159.3

Durante los largos años de la crisis la producción agrícola creció más rápidamente que la capacidad de consumo, aumentando los excedentes no vendibles y determinando la caída vertical de los precios en el mercado internacional, empobreciendo aún más a los países agrícolas esencialmente exportadores.

Los EE.UU., donde los precios mayoristas de los productos agrícolas en 1932 fue del 45.6% del registrado en 1929 aprovechó sus excedentes cerealeros para realizar un continuo dumping en el mercado internacional perjudicando a los tradicionales países productores-exportadores de los frutos similares de América Latina.

En las condiciones antes indicadas el aumento de la producción agrícola en América Latina no fue un signo de prosperidad, sino de la crisis. Es cierto que durante la década del treinta se promovieron nuevos cultivos diversificando la estructura agrícola. No obstante, los sectores más dinámicos —productores de trigo, maíz, azúcar y café— soportaron una profunda crisis de mercado y de precios.

El capital extranjero, factor de la crisis

Aunque las primeras inversiones de capitales extranjeros en América Latina tuvieron lugar a comienzos

del siglo XIX, —inmediatamente después de la Independencia—, éstas no marcaron una continuidad ni tomaron cuerpo durante medio siglo, hasta 1880. Es recién a partir del fin del capitalismo de la libre concurrencia, cuando aparecen los monopolios y el capital financiero se convierte en la figura dominante en el proceso económico mundial, que las exportaciones de capital se convierten en un fenómeno constante y constituyen uno de los elementos decisivos en la promoción de las economías unilaterales, productoras de materias primas cuyos excedentes se colocan en el mercado de las naciones industriales.

Ese flujo de capital procedente de Europa, en particular de Gran Bretaña y Francia, adquiere un volumen de singular significación al aproximarse la primera Guerra Mundial, como lo denotan los datos siguientes:

INVERSIONES DE CAPITALES EXTRANJEROS
EN AMERICA LATINA

País de origen	Millones de dólares
Reino Unido	3,700
Estados Unidos	1,700
Francia	1,200
Alemania	900
Otros países	1,000
Total	8,500

El conflicto bélico paralizó el proceso de las inversiones extranjeras, pero, finalizada la contienda se reinició con una variante. Si hasta 1914 el grueso del capital foráneo procedía en un 80% de Europa, —sobre todo de Gran Bretaña—, después de la guerra, cuando se restablece la corriente de

inversiones, adquieren mayor fluidez y volúmenes los capitales procedentes de los Estados Unidos, país éste que ha asumido la hegemonía financiera en el concierto de las naciones del mundo capitalista.

Al final de los años veinte las inversiones extranjeras en la América Latina, en empresas y bonos estatales se expresaban de esta manera:

CAPITAL EXTRANJERO INVERTIDO EN
AMERICA LATINA EN 1930

País de origen	Millones de dólares
EE.UU.	5,214
Gran Bretaña	3,380
Países Europeos y Canadá	3,684
Total	12,278

El Reino Unido no pudo mantener su posición dominante de antes de la guerra. Mientras tanto los EE.UU. dieron un salto histórico, convirtiéndose en el principal banquero de esta región del mundo.

La enorme masa de capital extranjero señalada constituyó un elemento decisivo en la formación de las economías primarias de significativos excedentes exportables. Asimismo permitió al imperalismo controlar los puntos de comando de sus economías y establecer su dominio comercial y financiero.

El capital extranjero no siempre bien empleado y con frecuencia bastante aguado implicaba para la economía latinoamericana un fuerte drenaje de divisas en conceptos de amortizaciones e intereses, los cuales en 1930 superaban los 10,000 millones de dólares de entonces. Acontecía que los viejos empréstitos se amortizaban con otros nuevos, aumentando

en espiral la deuda y la dependencia de la banca internacional. Al mismo tiempo esta circunstancia forzaba aún más el desarrollo no nacional de las economías unilaterales exportadoras a fin de obtener mayores recursos externos. De esta manera el capital financiero internacional acentuaba la explotación y el dominio de los países de América Latina.

El mantenimiento de una corriente fluida y cada vez mayor de capitales extranjeros se convertía en una condición *sine qua non* para mantener el ascenso económico en el sistema dominado por el imperialismo.

Al derrumbarse la Bolsa de Valores de Nueva York ya no se pudo colocar más bonos externos en los mercados de los EE.UU. y de Europa occidental. Se interrumpió la corriente de inversiones que aseguraba la prosperidad del sistema. De la noche a la mañana desapareció del escenario el factor exógeno fundamental que permitía el crecimiento de las economías primarias exportadoras. Así la crisis financiera del imperialismo al suprimir súbitamente la afluencia de capital externo se constituyó en uno de los factores que precipitó la crisis en los diferentes países de América Latina.

Más aún, durante todo el decenio del treinta el factor inversiones foráneas se mantuvo en crisis. No sólo no se efectuaron nuevos aportes, sino que la masa del capital invertido hasta el momento de estallar la crisis disminuyó. El monto total de las inversiones estadounidenses en América Latina entre los años 1930 y 1940 se redujo en 1,970 millones de dólares, equivalentes a un 26.1% de la masa invertida. Este momento puso de manifiesto la crisis intrínseca del imperialismo estadounidense y el debilitamiento de sus posiciones al sur del Río Grande durante dicha década.

Gran Bretaña mantuvo el nivel de sus inversiones hasta el momento en que entró en la guerra. Más tarde, —a consecuencia de la contienda bélica—, perdió gran parte de sus posiciones financieras en el exterior. Este hecho fue notorio en América Latina, destacándose en el Río de la Plata. En 1951 sus inversiones apenas alcanzaban 1,193 millones de dólares, equivalentes al 35.2% de las que poseía en 1930.

Ya en 1940 las inversiones europeas —incluidas las británicas— en la América Latina eran inferiores a las del año 1930. Teniendo en cuenta la disminución de las inversiones europeas y estadounidenses durante el decenio de la crisis económica podemos afirmar que el monto del capital foráneo colocado en empresas y bonos de Estado en la América Latina no alcanzaba a cubrir los 10,000 millones de dólares. Esto significa que durante la década de crisis y depresión económica *el monto del capital extranjero invertido en América Latina se redujo en un mínimo de 2,278 millones de dólares.*

El problema no se limitó a la reducción del monto invertido diez años antes. Ese fenómeno tuvo lugar en el contexto de la interrupción absoluta de la tendencia ascendente que caracterizó las inversiones extranjeras en la década del veinte. La crisis financiera del imperialismo privó a la América Latina de nuevas inversiones y créditos externos agravando su situación económico-financiera.

La caída del comercio exterior

El comercio exterior era vital para América Latina cuya economía había sido integrada al mercado mundial. Su progreso se solía valorar por los guarismos de sus exportaciones e importaciones. En las prime-

ras tres décadas del siglo había obtenido un aumento de un 343 por ciento. Mientras el promedio anual del primer quinquenio del siglo fue de 1,938 millones de dólares, en 1928 registró la cifra récord de su historia anotando 5,927 millones de dólares. La crisis mundial interrumpió esa línea ascendente del comercio latinoamericano. Cayó de súbito y cinco años



más tarde, en 1934, tocaba fondo representando nada más que 1,859 millones de dólares, equivalentes al 31.4% del valor obtenido en el año de mayor prosperidad.

El sistema económico unilateral, productor de un puñado de materias primas, sumado al gran endeudamiento externo exigía un aumento constante de las exportaciones y la realización de saldos favorables en la balanza del comercio exterior. Sólo así la América Latina podía hacer frente a las importaciones indispensables, a los servicios de la enorme deuda externa y de las ganancias de las empresas imperialistas.

Se estima que el saldo favorable de la balanza del comercio exterior entre los años 1925-1929 fue de un promedio anual del orden de los 700 millones de dólares. Asimismo, en la década del veinte, fue necesario recurrir a nuevos empréstitos externos para cubrir el déficit de la Balanza de Pagos y mantener el ritmo de crecimiento económico. Las nuevas emisiones de valores colocados en los EE.UU. durante dicha década ascendió a los 2,200 millones de dólares.

La crisis afectó seriamente las exportaciones latinoamericanas; no tanto en lo que a su tonelaje se refiere, como a su valor en dólares-oro. La crisis persistió durante toda la década con muy pequeñas alternativas. En 1938 el volumen de las exportaciones era inferior al registrado en 1929 en sólo un 5 por ciento. En cambio su valor fue fuertemente afectado. Mientras en 1929 las exportaciones cubrieron la significativa suma de 3,167 millones de dólares-oro; diez años después, en 1938, apenas fueron del orden de los 1,254 millones de dólares-oro, equivalentes al 39.5% del importe obtenido una década antes. Y en los años siguientes, hasta el fin de la segunda Guerra Mundial, —por razones del conflicto

bélico—, la tendencia decadente de las exportaciones latinoamericanas alcanzó niveles mucho más bajos.

Las pérdidas soportadas por América Latina durante la década del treinta en concepto de desvalorización de sus exportaciones se aproximan a un total de 20,000 millones de dólares-oro antiguos de los EE.UU.

Esta cifra que a la paridad actual equivale a unos 320,000 millones de dólares, es sólo una parte del costo que pagó en holocausto al sistema económico de tipo colonial en el cual estaba inmersa.

Si a las pérdidas determinadas por la desvalorización de la producción exportable le sumamos la interrupción de la corriente de inversiones y la reducción del monto del capital invertido en 1930 podemos afirmar que la América Latina, durante el decenio que nos ocupa, vio reducir sus disponibilidades externas en no menos de 400,000 millones de dólares, a la paridad actual. Este solo dato nos permite valorar la gravedad de la crisis y la quiebra del sistema económico imperante en esta región del mundo.

Tal quiebra, sin embargo, dio lugar a partir de 1930 a una serie de cambios importantes que comenzaron a operarse en el ámbito latinoamericano. La

crisis económica del capitalismo en su proceso dialéctico planteó objetivamente la necesidad histórica de superar el sistema económico conformado por el imperialismo y el latifundio. Las estructuras económicas basadas en la producción primaria, de monocultivo, unilateral, integrada en los mercados de los países industriales del Hemisferio norte habían tocado fondo, estaban en crisis y sin porvenir.

La política económica liberal imperante durante más de un siglo era una herramienta incapaz de construir el porvenir de América Latina. Emergió el carácter prioritario del Estado en la construcción económica de las naciones. Se desechó la política monetaria basada en el patrón oro y se recurrió a un mayor proteccionismo aduanero. Comenzóse a diversificar la producción primaria en un intento de atenuar el impacto de los monocultivos. Se promovió el desarrollo industrial orientado, en la primer etapa, a abastecer el mercado interno sustituyendo importaciones y creando estructuras económicas más estables. Y, ya al final de la década del treinta, aún sin haberse superado la depresión económica, se estaban realizando cambios significativos, anunciantes de otro modelo de sociedades en la región del mundo que nos ocupa. 